

Experiencia y estrategia en Daniel Bensaïd

Marc Casanovas

La fecha en que yo oía el sonido de la campanilla del jardín de Combray, tan distante y sin embargo interior, era un punto de referencia en esta dimensión enorme que yo no me conocía. Me daba vértigo ver tantos años debajo de mí, aunque en mí, como si yo tuviera leguas de estatura.

Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido*

Apuntalar los puntos de referencia en esta dimensión enorme de tiempo no vivido que, para abreviar, llamamos capitalismo no es tarea fácil. *El Capital* de Marx, nos viene a decir Bensaïd en *Marx intempestivo*, podría entenderse como un salto de lo ontogenético a lo filogenético en esta “búsqueda del tiempo perdido”: “en Marx, como en Proust, el tiempo perdido es el tiempo sin cualidad de un dios cronometrista. Sin memoria ni música, simple patrón de una historia insoportable, ese tiempo desesperadamente vacío de la abstracción relojera y monetaria encadena sus períodos sombríos, siguiendo el cambio puramente indiferente de la progresividad (...)” (Bensaïd, 2003: p. 123).

Esa “progresividad indiferente” elevada a programa político por la socialdemocracia europea^{1/}, hará que mientras acumula fuerzas pasivamente esperando el colapso del capitalismo por “muerte natural” se encuentre ella misma colapsada y aprobando créditos para la primera Gran Guerra mientras espera con paciencia “pacifista” que la inmensa carnicería acabe; para luego retomar (tras el “paréntesis histórico”) el inexorable camino del Progreso que lo hará pasar de nuevo (esta vez con “la ayuda” de la burocracia estalinista) por otro “accidente histórico” como son las cárceles fascistas y posteriormente la Segunda Guerra Mundial. Sin duda, las representaciones que uno se hace de la historia tienen consecuencias para la práctica política; y el *Happy End* del “fi-

^{1/} “(...) vicio secreto de la socialdemocracia desde su origen, el conformismo no afecta solo su táctica política sino también sus concepciones económicas. Nada corrompió más al movimiento obrero alemán que la convicción de nadar en el sentido de la corriente, en el sentido en el cual creía ir. Desde allí, no había más que dar un paso para imaginar que el trabajo industrial, incluido en la marcha del progreso técnico, era de por sí una actividad política.” Walter Benjamin, “Tesis XI”, citado en Löwy (2012: p. 115).

“... abrir un espacio de experiencia en el presente que pueda sacudir su aceptación fatalista.”

nal de la historia”, décadas después del “pacto de posguerra” y el “compromiso histórico”, puede servir de epílogo y consecuencia lógica de dicha representación.

Pero dicho así parecería que esta “representación” se trataría de un “malentendido o error teórico” que podría ser corregido simplemente con el debido rigor “analítico”. Sin embargo, este “malentendido” está estrechamente ligado a unos intereses y unas prácticas materiales que lo confirman en las virtudes de su “error” a través de su experiencia cotidiana/2. A evitar esta confusión “categorial” nos invitaba Trotsky cuando en su *Lenin* nos refería esta anécdota de principios del siglo XX en la vieja *Iskra*: “El centro ideológico de la socialdemocracia era entonces Alemania y nosotros seguíamos con la mayor atención la lucha de los ortodoxos contra los revisionistas en aquel país. Vera Ivanovna, a la menor oportunidad decía: —Todo esto es así. Acabarán con el revisionismo y restablecerán a Marx, conquistarán la mayoría, pero, a pesar de todo, seguirán viviendo con el Kaiser. —Y tenía razón” (Trotsky, 1972: p. 101). En este sentido, y tirando de los debidos hilos, podríamos decir que en esta pequeña anécdota se resume gran parte de la tragedia de un siglo.

En efecto, es en las postrimerías del siglo XIX principios del XX (y no en tiempos de Marx y Engels) cuando se conforman los partidos como estructuras de organización estable vinculadas a la institucionalización parlamentaria. Y es en este punto (la comprensión de la forma partido, su papel histórico, su realidad social, su carácter permanente...) donde se librarán grandes batallas ideológicas vinculadas directamente a sus prácticas materiales. Tal como señala Bensaïd en *Marx ha vuelto*: “No es casualidad que la primera literatura sociológica sobre los partidos políticos, y en concreto los clásicos de Ostrogorsky y Robert Michels, daten de principios del siglo XX, así como las grandes controversias sobre la burocratización del movimiento obrero, en especial de Georges Sorel y Rosa Luxemburg (...)” y continúa citando a Michels:

2/ “En el paradigma marxista, las crisis siempre han llegado puntualmente en los momentos en que su objeto de estudio fundamental —el capitalismo como sistema— parecía cambiar sus puntos de referencia, o sufrir mutaciones inéditas e impredecibles (...) Esto es lo que pasó en 1889, cuando Bernstein propuso ‘revisar’ radicalmente el marxismo a la luz de su supuesta incapacidad de ser justo con la complejidad de las clases sociales modernas, y con la adaptabilidad del capitalismo contemporáneo. Bernstein aconsejaba el abandono de la dialéctica derivada de Hegel, y de la noción de revolución, y la consecuente reorganización de la política de la II Internacional en torno a la democracia de masas y el proceso electoral. Son precisamente estos rasgos del primer posmarxismo los que reaparecieron a finales de los 70, cuando comenzaron a reaparecer en cantidades cada vez mayores versiones más sofisticadas de ese diagnóstico y de su prescripción (ningún pronunciamiento marca esta reaparición cíclica del posmarxismo como el de Bernstein, pero el libro de Hindess y Hirst de 1977 sobre *El Capital* puede entenderse como la primera golondrina, mientras que *Hegemonía y estrategia socialista* de Laclau y Mouffe, de 1985, muestra una migración cruzando el cielo a todo vapor)”. Jameson, 2014: p. 414.

“Una ley social insoslayable es que todo organismo de la colectividad, nacido de la división del trabajo, una vez consolidado crea un interés particular, que existe en sí y por sí. Y aún más: las capas sociales cumplen distintas funciones, tienden a aislarse, a dotarse de los órganos aptos para defender sus intereses particulares, para transformarse finalmente en clases distintas” y concluye proféticamente: “el día que el gobierno alemán quiera darse el lujo de dar el paso de liberar un ministerio, puesto que los socialistas son fáciles de contentar, el virus reformista se extenderá por gran parte de Alemania” (Bensaïd, 2012: p. 109).

Este fragmento de un autor de principios del siglo XX cuyas implicaciones reverberan a lo largo del XX y XXI “enriquecidas” con la experiencia de la contrarrevolución estalinista después de la revolución de octubre y las grandes derrotas del movimiento obrero, es solo un punto de partida para entender por qué el pensamiento de Bensaïd gravita sobre la necesidad de dotarse de prácticas y formas de organización democráticas que condensen en su seno todas las experiencias y lecciones que permitan hacer de estas organizaciones y estas prácticas una herramienta útil para la revolución en la actualidad y no para su contrario.

En este sentido, el estudio y la actualización de los debates en el seno de la II Internacional y la relectura crítica y a contrapelo de la recepción contemporánea del pensamiento de Lenin y sus nociones de crisis revolucionaria o partido estrategia, nada tienen de nostalgia dogmática. Son puntos de referencia, cristalizaciones de experiencia histórica, puntos de partida de un pensamiento estratégico, cuya función principal es la de abrir un espacio de experiencia en el presente que pueda sacudir su aceptación fatalista e ineluctable a través de hipótesis de trabajo que puedan subvertirlo y transformarlo; un pensamiento extemporáneo e intempestivo que rompa con los reflejos condicionados del conformismo, permutando las campanas de Pávlov por las de la revolución.

Por eso, las formaciones anuales de Bensaïd en los campamentos de la IV Internacional a los jóvenes militantes, repasando las grandes controversias del movimiento obrero, lejos de representar una arqueología filológica, reverberaban con fuerza sobre las tareas del presente. La crítica al marxismo cientifista y determinista que se encontraba en partes iguales en el revisionismo de la II Internacional y en el “Diamat” estalinista: un “socialismo fuera del tiempo” que se sustenta sobre la idea de un progreso lineal del movimiento obrero y la humanidad ligado al avance de la ciencia y la técnica; la crítica a la “ortodoxia” o el “radicalismo pasivo” de un Kautsky donde la revolución aparece como un hecho “objetivo” sujeto a las “leyes de la historia” y que por tanto no debe prepararse, ésta en todo caso vendrá sola independientemente de los actores en juego, de manera que la tarea estratégica del partido y del movimiento obrero es la de ir conquistando posiciones electorales e institucionales en el seno del Estado capitalista sin problematizar su naturaleza de clase, sin plantearse su superación en pro de otra institucionalidad, de otras formas de poder popular.

Pero también la crítica al evolucionismo izquierdista de un Pannekoek, donde los consejos obreros aparecen como la única consigna, forma válida y legítima de autoorganización obrera independientemente del contexto y del momento del ciclo de la lucha de clases en el que se esté inmerso, dejando ya atrás, en el “basurero de la historia”, otras formas de organización popular como sindicatos y partidos... No es extraño, pues, que en este contexto, los debates que se daban en aquel momento sobre las tareas de las nuevas agrupaciones de la izquierda, sobre el reformismo y el autonomismo en la época de los movimientos antiglobalización adquirieran aquí mayor profundidad histórica e iluminaran con otra luz un pasado de derrotas (Bensaïd, 1987).

Así, frente a estas grandes maquinarias de la historia y sus movimientos autómatas, se perfilaba con mayor contraste el “profeta mesiánico” que dormitaba en su interior: las lecturas heterodoxas y originales que Bensaïd hacía del pensamiento de Lenin, Trotsky o Rosa Luxemburgo (Sanmartino, 2006) transitaban a través de la capacidad creativa de las masas, de la democracia socialista, de la discordancia de los tiempos y su importancia para entender las tareas de la lucha revolucionaria, de su concepción de la política no como simple reflejo de las relaciones de clases sino como un campo relativamente autónomo donde la forma partido no puede confundirse con la clase, abriendo así las ventanas a la pluralidad partidaria de la clase, a la autonomía necesaria de los movimientos respecto a los partidos, rompiendo con la visión monolítica y policial que nos había legado el estalinismo y poniendo la democracia como factor imprescindible para que la centralización de las experiencias militantes fueran eficaces y no se trocaran en pesadillas orwellianas; una comprensión de la lucha de clases en las antípodas de esos compartimentos estancos esculpidos en el granito del positivismo, una comprensión relacional, donde la clase se constituye a través de la lucha y su autoorganización, y donde el “partido estratega” intenta moverse en la discordancia de los tiempos sociales como catalizador, como “magdalena proustiana” que refracta toda una experiencia histórica para así precipitar sus posibilidades³.

Pero es la “tensión gravitacional” a la que nos referíamos más arriba la que explica y organiza todo el heterogéneo universo del pensamiento de Bensaïd y le da coherencia. Un pensamiento de la praxis. No pocas veces hemos podido comprobar cómo desde el ámbito académico se celebra la obra de Daniel Bensaïd pero se arruga ligeramente la nariz ante las referencias clásicas del movimiento obrero

3/ “El Marxismo Revolucionario lucha por el centralismo democrático. Pero la palabra centralismo no debe ser tomada en primer lugar desde un punto de vista organizacional, y de ninguna manera es necesariamente administrativa. Es político. ¿Qué significa “centralismo”? Significa la centralización de experiencia, de conocimiento, de conclusiones sacadas de la militancia. Aquí nuevamente, se ve un tremendo peligro para la clase obrera y el movimiento trabajador, si no hay tal centralismo de experiencias (este es el peligro de la sectorialización y la fragmentación), a nadie se le permite sacar conclusiones adecuadas para la acción”. Ernest Mandel, 1983.

y revolucionario (Lenin, Trotsky, Luxemburgo, Che Guevara, Mandel...), como si de una molestia que hay que soportar se tratara para poder penetrar en la riqueza de su pensamiento. Y al revés; no pocas veces hemos podido comprobar cómo desde el ámbito más estrictamente militante se reivindica su figura con emoción, se recuerdan y se utilizan sus textos de formación de militantes, a la vez que se muestra cierta impaciencia con sus referencias literarias o filosóficas: Juana de Arco, Pascal, Proust, Péguy, Benjamin, Blanqui, Debord, Derrida, Nietzsche y tantos otros... Y, sin embargo, a nuestro entender, estas reservas mentales, esta separación, representa un craso error, una absurda mutilación, que nos aparta del esfuerzo necesario para penetrar en los elementos más originales y fértiles de su obra.

Después de todo, el problema fundamental de ese “gran rodeo” que marcó al “marxismo occidental” desde los años 20 a los 60, período que comprende el auge del fascismo y la contrarrevolución estalinista, fue no tanto el “desplazamiento” del pensamiento marxista del eje político-económico al estético-filosófico, como, ante todo, el divorcio estructural entre la teoría y la práctica del cual dicho desplazamiento era un síntoma (Anderson, 1979).

Que este ámbito, aparentemente tan ajeno a la praxis revolucionaria, pudo servir también de simiente para, posteriormente, pensar nuevos paradigmas de la acción política lejos de la esclerosis de los partidos comunistas, es algo que el mismo Perry Anderson reconocerá y que postulará programáticamente (el diálogo sintético entre las corrientes filosóficas e historiográficas del marxismo que a nuestro entender la obra de Bensaïd ensaya en gran medida). Nada que ver pues con hacer de la necesidad “virtud” como cuando Althusser desde el ostracismo político al que condenaban los partidos comunistas a sus intelectuales, postulaba una estricta división del trabajo entre teoría y práctica, fundando así una especie de “metafísica científica” donde experiencia e historia quedarían desalojadas de la teoría marxista y de sus categorías/4.

Es cierto que durante ese período la tradición del marxismo revolucionario, de un pensamiento estratégico vivo vinculado a los problemas de la práctica revolucionaria e internacionalista, se mantuvo a través del tenue hilo rojo de la Oposición Obrera, del POUM, de grandes figuras aisladas como Gramsci que renovaban continentes enteros del pensamiento marxista; de la

4/ Tal como señala Jorge Sanmartino (2007), Rancière, en su libro *La lección de Althusser* “hace un conjunto de observaciones sobre las condiciones que hicieron posible y necesario el surgimiento de la teoría marxista ‘... que se sirve de las formas discursivas de la ideología proletaria: lo que Rancière llama ‘las voces del taller, los rumores de la calle, las consignas de la insurrección... las formas de la literatura obrera o popular y de la canción picaresca...’. De alguna manera el discurso científico de *El Capital*, como el discurso filosófico de los *Manuscritos*, articula, en el registro de una teoría o de una filosofía determinadas, las consignas de lucha de los proletarios. Y no solo las consignas: también los sueños. (...) mientras que lo imaginario en el discurso popular puede representar un obstáculo al conocimiento, puede en otras circunstancias representar una condición de posibilidad del mismo.” Es por este desalojo de la historia y de su experiencia por lo que Ellen Meiksins Wood también señalará una tónica que atraviesa el pensamiento de Althusser: a saber, una extraña combinación entre “un determinismo rígido a la vez que demasiada arbitrariedad y contingencia” (César Rendueles, 2013).

“... la espera de ‘centinela masiánico’ que nos propone es una espera activa.”

IV Internacional: Trosky, Mandel hasta la LCR y el mismo Daniel Bensaïd. Pero después de sonar las “campanas de Combray” en los jardines de la Sorbona, las sirenas de la rebelión en las fábricas *del capital* y de la administración burocrática, después de la *nova cançó* y el *Grandola Vila*

Morena... la sonata fúnebre de la contrarreforma liberal y la muerte cósmica del capital se impuso dejando un páramo de silencio ensordecedor en el terreno del pensamiento estratégico. Y muchas de las certezas y el optimismo histórico que las informaba tuvieron que ser revisadas. Así, ya en 1986, el mismo Anderson podía escribir:

El curso de la teoría durante estos años no siguió la dirección prevista por mí en un aspecto absolutamente decisivo. La reunificación de la teoría marxista y la práctica popular en un movimiento revolucionario de masas experimentó un fracaso en cuanto a su materialización. La consecuencia intelectual de este fracaso fue la ausencia generalizada de un verdadero pensamiento estratégico en la izquierda de los países avanzados, es decir, de la elaboración de una perspectiva concreta o plausible para una transición de la democracia capitalista a una socialista. Más que una “miseria de la teoría” lo que al marxismo occidental le sucedió es una “miseria de la estrategia” (Anderson, 2007: p. 35).

Enzo Traverso y Michael Löwy coinciden en señalar 1989-90 como el punto de inflexión que marca el inicio del periodo más prolífico, inventivo y original de Daniel Bensaïd/5. Nada menos que en la época del TINA, de la época de mayor fragmentación y atomización del movimiento obrero y sus instituciones; de las luchas anticoloniales sometidas ya al neocolonialismo; de las nuevas configuraciones de la división internacional del trabajo y de las nuevas composiciones de clase en la globalización mercantil; de la cesura que representa la caída del Muro de Berlín y el fin de la guerra fría: del *Fin de la historia* y el nuevo orden internacional, teorizado paradigmáticamente por Fukuyama, según el cual a partir de ahora la única forma posible de organizar la vida para la sociedad es a través del horizonte histórico del capitalismo.

Es una época, pues, donde se produce un salto cualitativo (intensivo y extensivo) sin precedentes de la internacionalización capitalista, de los mercados financieros, de la lógica mercantil y de la acumulación por desposesión. Esto, a su vez, genera una crisis de todas las categorías políticas que habían informado la modernidad, un desajuste infernal entre los espacios vividos y los espacios de representación, un desquiciamiento de los tiempos y los espacios que parece hacer imposible construir marcos de experiencia y representación común para

5/ Así se puede leer en el prefacio que hace Enzo Traverso en la edición francesa del libro de Daniel Bensaïd: *Walter Benjamin: sentinelle Messianique* o en Michael Löwy: *La herejía comunista de Daniel Bensaïd*, un hermoso texto de homenaje que se puede encontrar en las redes a través de la Revista Espacio Crítico.

la acción política. Como señalará Bensaïd en *Elogio de la política profana*: “Tras haber incorporado al pensamiento político las nociones de no contemporaneidad, de contratiempo y discordancia de los tiempos, hoy es necesario asimismo concebir la producción social y la discordancia de los espacios”.

Es sobre este trasfondo cuando el riesgo y el valor de la “apuesta razonada” de Bensaïd contra este “veredicto momentáneo” de la historia se nos puede dibujar con más fuerza. Tal como apunta Enzo Traverso en la presentación de una reedición de 2010 de *Walter Benjamin: centinela mesiánico*, entre la época de 1940 cuando Benjamin escribe las tesis de filosofía de la historia y 1990 cuando Bensaïd escribe *Walter Benjamin: centinela mesiánico*, hay una reverberación dialéctica, una cristalización simbólica de todas las derrotas a la mitad de un siglo y al final del mismo.

¿Cómo volver a pensar estratégicamente en un contexto así? A Bensaïd siempre le gustaba citar a Deleuze para describir esta tarea: “siempre se vuelve a comenzar por el medio”; con esto quería salvar la tradición del marxismo y del movimiento emancipador del impresionismo de las nuevas modas académicas que proliferaban por entonces a la vez que señalaba la necesidad imperiosa de la actualización y renovación de la tradición emancipadora. Como en la obra de Marcel Proust esta tensión entre tradición y renovación servirá para “mantener a raya a la moda y la muerte mercantiles” de modo que “el tiempo reencontrado será el de la obra salvada y la actividad creadora” (2003: p. 124).

Es, pues, en esta época cuando el dialogo de Bensaïd con las experiencias de ruptura del pasado y las luchas presentes empiezan a pasar con mayor fuerza por el tamiz de autores como Péguy, Blanqui o Benjamin. Y bajo esta luz, los clásicos (Marx, Trotsky, Lenin...) en manos de Bensaïd empiezan a enriquecerse y ampliarse con implicaciones y resonancias insospechadas que permitirán rescatarlos de la condescendencia del presente y del conformismo que siempre amenaza con avasallarlos. De alguna manera, este dialogo heterodoxo con autores que han pensado en toda su amplitud la textura de lo histórico a contrapelo de las visiones lineales, mecánicas y homogéneas que decretan el fin de la historia, permite a Bensaïd afilar las armas dialécticas para las tareas del presente y actualizar una temporalidad estratégica, kairológica, abierta a las bifurcaciones y los contratiempos de la acción política, para así romper con el *continuum* de la historia y su veredicto final.

Pero en este escenario que describíamos más arriba, la configuración de una “apuesta razonada” por la revolución socialista, de un pensamiento ligado a la praxis, de un revolucionario en un mundo sin revoluciones... todo eso, no puede dejar indemne a nadie. Para dar constancia de ello Bensaïd gustaba de compararse con la figura del “marrano”; para explicar esta combinación entre continuidad y cambio, entre fidelidad a la infidelidad. El ejemplo extemporáneo de los “marranos”, los judíos conversos, cuya judeidad ya no era como la anterior, pero se mantenían fieles a esa experiencia previa a su “conversión” forzada (Bensaïd, 2006).

Como decíamos, esa “fidelidad a la infidelidad” será el parámetro desde el cual Bensaïd mantendrá su apuesta “pascaliana” con la revolución, su *apuesta melancólica*. Una apuesta que, como señala Michael Löwy, pasa a Pascal por el cedazo de la interpretación marxista de Lucien Goldmann en el *Dios Oculto*. Por eso esta apuesta tiene un carácter profano, es una apuesta existencial que le compromete “corriendo el riesgo de perder todo y de perderse” como explica Löwy, pero en un compromiso que hunde sus raíces en la apuesta de hacer inteligible el devenir histórico mediante la teoría y la acción para precipitar así la posibilidad de la revolución. En este sentido, será precisamente esta fórmula religiosa para explicar su militancia, la que le situará en un terreno profano que contrastará con las apuestas menos mundanas de otros coetáneos afincados en la tradición marxista y con los que discutirá fraternalmente en sus obras. Coetáneos, que, frente al periodo de derrota descrito anteriormente, parecen emprender en sus obras una huida de la historia profana y su devenir estratégico para así mantener viva la revolución en el milagro del “acontecimiento” sin historia. Autores que de distintos modos tratarán de romper el tiempo homogéneo y vacío del reloj y el hechizo de la mercancía mediante una huida hacia “el Ser”, hacia la “unicidad del acontecimiento” o hacia un sujeto hipostasiado, fuera del tiempo y de la historia; lo que Henri Maler llama la “ontologización de lo posible” (Bensaïd, 2013: p. 21). Planteamientos donde, ya sea el proletariado, el obrero-masa, la multitud o el precariado... aparecerán como “sujetos latentes” de la Historia, ahora con mayúsculas, portadores ya de la crítica y la emancipación, ahorrándonos así la ardua y prosaica tarea de levantar una estrategia inscrita en el devenir mientras esperamos el milagro del “acontecimiento”.

Pero Bensaïd no puede escapar, sin traicionarse, a su propia elección: la tensión militante entre teoría y práctica. Por eso la espera de “centinela mesiánico” que nos propone, es una espera activa, donde la posibilidad del “acontecimiento” se permuta en “coyuntura” (acción política y proceso social a la vez); partiendo de la comprensión de que no hay más tiempo que el nuestro “el de los trabajos y las penas, las agonías y los amores”. Es por todo ello que huye como de la peste de toda “sustancialización”, de toda comprensión suprahistórica donde el Capital iría engendrando pasiva, lineal y progresivamente, como en un juego de engranajes contradictorios, su propio sujeto enterrador. Frente a esta visión, Bensaïd rescata a un Marx intempestivo que inaugura “otra escritura de la historia”, donde ésta, como decía Engels, “no hace nada”. En Bensaïd, pues, los sujetos de cambio se constituyen mediante la lucha contra las relaciones de dominación y explotación, el tiempo es una relación social donde *kairos* no es el acontecimiento milagroso, sino el tiempo pleno, la “coyuntura” crítica, el “aquí y ahora” de los posibles en cada situación.

Experiencia y estrategia, pues: no hay huida hacia delante ante la propia historia, no se puede escamotear el balance crítico de la propia tradición si se

quiere mantener viva la llama de la revolución. Las luchas presentes en su instante de peligro actualizan las bifurcaciones y los caminos no cotejados de un pasado que reclama no ser repetido como un perpetuo acto fallido sino transformado. “Necesitamos nuevas experiencias fundadoras” para hacer avanzar el pensamiento estratégico y las hipótesis de transformación, apuntaba Bensaïd. El veredicto del fin de la historia no fue tal; tras las ruinas del muro emergió el zapatismo en Chiapas, un nuevo internacionalismo a través del movimiento antiglobalización y las contracumbres, un movimiento obrero que mostró su vitalidad en Francia en las huelgas del transporte y después junto con los estudiantes contra el contrato de primer empleo o el tratado constitucional europeo; de esas luchas surgieron nuevas experiencias partidarias como el NPA, en América Latina los procesos bolivarianos, el movimiento ecologista y el feminista volvían a emerger con inusitada fuerza mientras el movimiento contra la guerra tejía de nuevo el imaginario de un nuevo internacionalismo. Bensaïd avivaba la “débil fuerza mesiánica” de cada una de estas luchas para hacer avanzar de nuevo, en cada paso, y en cada experiencia el pensamiento estratégico, la hipótesis de la revolución, la hipótesis de un orden civilizatorio más allá del capital, la hipótesis de un “ecocomunismo” cuya posibilidad en cada lucha cobraba actualidad.

Bensaïd falleció poco antes de las revoluciones de la primavera árabe, de la emergencia del 15M u Occupy Wall Street, de las crisis de régimen en el sur de Europa y la emergencia de nuevas formaciones políticas que actualizaban como no hacía décadas los debates estratégicos sobre el poder y cómo cambiar el mundo.

Decía Walter Benjamin: “La verdad inmóvil que no hace sino esperar al investigador no corresponde en nada a ese concepto de verdad en materia de historia. Éste se apoya mucho más en el verso de Dante que dice: una imagen única e irremplazable del pasado se desvanece con cada presente que no ha sabido darse por aludido por ella” (Löwy, 2012: p. 72).

Sería imperdonable no “darnos por aludidos” por la obra de Bensaïd en el actual “instante de peligro”.

Marc Casanovas es miembro del Secretariado de Redacción de *VIENTO SUR*.

Bibliografía citada

- Anderson, P. (1979) *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Madrid: Siglo XXI.
- Bensaïd, D. (1987) *Estratègia revolucionaria avui*. Cuaderno de formación disponible en: http://revoltaglobal.cat/IMG/pdf/form_BensaïdEstrategiarevolucionaria.pdf.
- (2003) *Marx intempestivo*. Buenos Aires: Herramienta.
 - (2006) *Resistencias: ensayo de topología general*. Madrid: El viejo Topo.
 - (2007) *Tras las huellas del materialismo histórico*. Madrid: Siglo XXI.

- (2012) *Marx ha vuelto*. Barcelona: Edhasa.
- (2013) *La política como arte estratégico*. Madrid: Los libros Viento Sur, La Oveja Roja.
- Jameson, F. (2014) *Valencias de la dialéctica*. Buenos Aires: Ed.Eterna Cadencia
- Löwy, M. (2012) *Walter Benjamin: aviso de incendio*, Buenos Aires: FDE.
- Mandel, E. (1983) “Partidos de vanguardia”. Disponible en: http://www.ernestmandel.org/es/escritos/txt/partidos_de_vanguardia.htm.
- Rendueles, C. (2013) “Teoría social y experiencia histórica”. *Sociología Histórica*, n.º 3. Disponible en: <http://revistas.um.es/sh/article/view/189271/156021>.
- Sanmartino, J. (2006) Entrevista a Daniel Bensaïd: “La hipótesis de un 'leninismo libertario' sigue siendo un desafío de nuestro tiempo”. *VIENTO SUR*, 28/2/2014. Disponible en: <http://www.vientosur.info/spip.php?article8797>.
- (2007) “Populismo y estrategia socialista”. Disponible en: <http://www.aporrea.org/ideologia/a36864.html>.
- Trotsky, L. (1972) *Lenin*. Barcelona: Ariel.